



Contiene
Baile de
invierno

Baile de primavera

relato a la Austen

#Fanfic

por m. couvoni



Título



Serie: Un baile austeniano

Derechos

Título: Baile de primavera

Copyright © 2020 M. Cavani

Baile de primavera es un *fanfiction* de las novelas de Jane Austen, que ha sido publicado, con el debido respeto, por primera vez, en marzo 2020, en el blog de mi autoría, *Ficción Femenina*, como una continuación del relato ***Baile de invierno***, publicado también en el blog, en diciembre 2019, como un tributo a la autora. No obstante, esta versión para el *ebook* constituye una revisión ampliada, con contenido adicional y exclusivo, de la publicada en el blog. ***Baile de primavera*** es la segunda parte de la serie “**Relato a la Austen**”, ***Un baile austeniano***, inspirado en las obras de la autora inglesa, que puede contener citas de sus libros. Es una obra de ficción que sigue el hilo de sus novelas desde una nueva perspectiva.

Primera edición.

Nota

Antes de comiences a leer este relato debes saber un par de cosas: la primera, y te pido muchísimas disculpas por ello, es que se trata de un *fanfiction* de las novelas de Jane Austen, lo sé, lo sé, lo siento; la segunda, es que *Baile de primavera* es la continuación de [Baile de invierno](#), que viene de obsequio en esta versión, y por donde deberías comenzar, si no la has leído (haz clic en el enlace y listo). Por lo demás, gracias por el interés en leer, espero no ser demasiado confiada con este atrevimiento mío de trabajar con las maravillosas novelas de nuestra autora favorita y que te diviertas leyéndolo como yo escribiéndolo.

Sinopsis

Elizabeth Bennet está visitando a su amiga Charlotte, ahora la nueva esposa de su primo, el señor Collins, cuando recibe una importante invitación al baile de primavera que se realizará en Rosings, bajo los dominios de la estirada e inflexible, Lady Catherine de Bourgh.

Baile de primavera es la continuación de Baile de invierno, la serie relatos austenianos que fueron publicados por partes, y por primera vez, en el blog de la autora, Ficción Femenina. Estas son versiones corregidas y ampliadas de los mismos y contienen material exclusivo.

Dedicatoria

*Para Jane.
Mi papá.
Y mi mamá.*

Tabla de contenido

[Título](#)

[Derechos](#)

[Nota](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Tabla de contenido](#)

[Pasaje](#)

[Reencuentro inesperado](#)

[Una joven muy resuelta](#)

[Todo va a estar bien](#)

[Declaración](#)

[Epílogo](#)

[Baile de invierno](#)

[Más de la autora](#)

Pasaje

*No hay distancias cuando se tiene un motivo.
De la novela *Orgullo y Prejuicio*.*

Reencuentro inesperado

Lizzy miraba su reflejo en el espejo, no atendía a los últimos detalles de su tocado ni su vestido, tampoco pensaba en algo en específico, solo estaba distraída en las facciones de su rostro, en la oscuridad de sus ojos y el rubor de sus mejillas, cuando escuchó un ligero golpe y luego observó que su puerta se abría lentamente.

—¿Estás lista, querida?

Charlotte, había venido por ella a su habitación, esta noche los Collins habían sido invitados a una cena y un baile en Rosings Park, y se esperaba que ella, como huésped, asistiera también; había sido cosa de una semana desde que habían recibido las invitaciones al baile de primavera de Lady Catherine de Bourgh.

Lizzy habría preferido evitar toda la velada, llevaba quince días en Hunsford, la nueva residencia de su amiga Charlotte desde que se casara con su primo, el heredero de Longbourn, el señor Collins, de los cuales un par de veces a la semana cenaban en los dominios de la mansión, propiedad de la estirada Lady Catherine de Bourgh, que siempre parecía cuestionarla; sin embargo, aunque le habría encantado saltarse unos cuántos códigos de su sociedad y ofender muchísimo a la dueña y señora de Rosings, en respeto a su amiga y en honor a los bailes, escogió presentarse con los recién casados.

—Sí, lo estoy —tomó su chalina y guantes antes de salir de la habitación, detrás de su amiga.

Los tres prefirieron andar hasta Rosings en lugar de usar el calesín del señor Collins puesto que hacía una tarde-noche preciosa y fresca, la primavera había llegado al reino y los campos parecían cubiertos de una alfombra de los colores del arcoíris, algo que, para el momento actual, en el que a Lizzy le preocupaba muchísimo la estabilidad emocional de su hermana Jane, le ayudaba a equilibrar esa intranquilidad. Antes de visitar Hunsford, Lizzy había escuchado de Lady Catherine de Bourgh a través de su amigo George Wickham, ese hombre con el que había entablado cierta amistad la temporada pasada mientras formaban parte de uno de los cuadros durante aquel baile de invierno; de referencia sabía que la dueña de Rosings era la tía del señor Darcy, con quien tenía planes de casar a su única hija, a la que Lizzy, en días previos, había tenido la oportunidad de conocer, cuando se presentó en su faetón en la puerta de los Collins, y, por supuesto, sacar sus propias conclusiones al respecto de tal unión:

Parece enferma y malhumorada. Sí, es la mujer apropiada para él.

Esta noche en el salón de Rosings, que otras veces le había parecido ostentoso, destacaba la opulencia; Lady Catherine, que ocupaba un lugar majestuoso delante de algunos invitados que se habían presentado antes que ellos, se había tomado seriamente su rol de anfitriona y había modificado con detalles imponentes el ambiente en el que solía reunirse con su párroco.

No esperaba, Lizzy, encontrar caras conocidas acá, no obstante a la primera persona que identificó fue a esa joven a la que se le atribuyó la organización de aquel baile público al que había asistido en Highbury, el invierno recién terminado. En aquel momento no fueron presentadas formalmente, no obstante, al reconocerse una a la otra, se hicieron una ligera inclinación de cabeza. La muchacha estaba sentada junto a la señorita Anne de Bourgh. Con unos pocos segundos de observación, Lizzy notó que Emma había tratado de mantener comunicación con la joven pero ésta apenas manifestó alguna expresión. Trató de suprimirla, sin embargo le fue imposible evitar

una risita.

Lizzy continuó el estudio de los invitados, qué diferencia este baile privado en comparación con aquel baile público del pasado invierno; de pronto se sintió nostálgica al recordar la compañía de sus amigas Marianne, Elinor, Anne, Jane Fairfax, Catherine, Fanny y la de su propia hermana Jane; sin embargo mientras repasaba aquellos momentos, la figura de un hombre que se cruzó delante de ella, suavizó el sentimiento.

El señor Knightley, estaba mirándola con una sonrisa cálida de reconocimiento. Durante los meses que transcurrieron desde aquel baile hasta éste, Lizzy se había sorprendido pensando en él, sonrojada ante el recuerdo de su trato y sus facciones, ella creía que era la primera vez que se sentía verdaderamente atraída por alguien, pero como le había recomendado su tía Gardiner, los días que estuvo de visita en Longbourn, antes de viajar con su hermana a Londres, lo mejor era esperar y no precipitarse en los asuntos del amor.

En esto pensaba y sabía que sonreía mientras respondía el amable saludo de su amigo cuando esta emoción fue eclipsada por la presencia de un hombre muy diferente. El señor Darcy.

El intolerable, irritante y orgulloso señor Darcy, con quien también había tenido el infortunio de ser presentada en el baile de invierno y con quien definitivamente no esperaba reencontrarse. Nunca. A diferencia de su amigo, y un hombre más que les acompañaba, apenas hizo contacto visual con ella retiró la mirada y se mantuvo tan inalcanzable como había estado en Highbury.

—Señorita Bennet —el señor Knightley avanzó hacia ella.

—Señor Knightley —ella le sonrió esperándolo junto a su amiga Charlotte, el señor Collins había pasado directamente a ofrecer sus respetos a su señoría.

—Es una agradable sorpresa encontrarla acá.

—Pienso de la misma manera. ¿Recuerda a mi amiga Charlotte, antes señorita Lucas, ahora señora Collins?

—Por supuesto —el señor Knightley y Charlotte se hicieron una reverencia—. Felicidades por la boda.

—Gracias. Es un honor verlo nuevamente, señor Knightley —le dijo ella—. A usted también señor Darcy.

En Elizabeth se manifestó un breve sobresalto que evitó exteriorizar, así como mirar a su lado, donde sentía la reciente presencia del caballero. La violencia de sus acciones en aquella última escena del baile de invierno no la escandalizó pero le hizo formarse una opinión más severa que la que ya tenía de él.

—Para mí también —el señor Knightley respondió la amabilidad de Charlotte.

—La felicito por su matrimonio —le dijo el señor Darcy, mirando de soslayo a Lizzy.

—Gracias.

—¿Y usted, señorita Elizabeth —continuó el señor Knightley—, desde cuándo está por Kent? Recuerdo que la vez anterior, cuando nos conocimos, mencionó que se dirigía a este lugar.

Al recordar su previo viaje a Kent, Lizzy sintió cierta incomodidad. Con el objeto de mantener la propiedad en la familia Bennet, había recibido una propuesta de matrimonio del señor Collins, quien al verse rechazado, condujo sus intenciones hacia su amiga Charlotte.

—Así es, pero ésta es una nueva ocasión —sonrió amablemente al verla. No estaba de acuerdo con su matrimonio, Collins era un mentecato y un engreído, pero si antes pensaba que quien se casara con él no estaba en su sano juicio, ahora creía que su amiga había conseguido cierto equilibrio en su felicidad conyugal—. Llevo alrededor de quince días aquí.

—¿Y cómo la ha pasado?

—Bastante bien —le sonrió—. Disfruto muchísimo de los alrededores, además de que hace un

clima encantador.

Su paseo favorito era el de la alameda, que parecía fuera del alcance de Lady Catherine, le gustaba recorrerlo cuando necesitaba pensar o simplemente quería escaparse de alguna de las largas y aburridas visitas a Rosings.

—Eso me contenta saber. ¿Y qué me dice de su grupo de amigas del último baile? ¿Ha vuelto a verlas? ¿Cómo está su hermana?

—Mi grupo de amigas está muy bien, no nos hemos vuelto a ver, pero hemos mantenido el contacto a través de la correspondencia —hizo una pausa y miró de reojo al señor Darcy antes de responder la referencia sobre su hermana—. Jane está muy bien, gracias por preguntar, está pasando una temporada con mis tíos en Londres. Usted, que frecuenta la ciudad, ¿ha coincidido con ella, señor Darcy?

Por la correspondencia que mantenía con Jane, Lizzy sabía que el señor Darcy y el señor Bingley también habían estado en la ciudad aunque no se habían visto, su hermana y la señorita Caroline Bingley, también mantenían el contacto por correspondencia, y Lizzy sabía que ambas señoritas se habían visto brevemente.

Antes de que Jane partiera a Londres, la señorita Bingley le había dejado claro, en una correspondencia, que pronto se esperaba una unión entre su hermano y la señorita Darcy. Elizabeth estaba segura de que todo ello se debía a un plan superior de la hermana del caballero para separarlos, por su evidente preferencia hacia otra persona; le era fácil deducirlo también por la actuación e intervención del señor Bingley en aquella escena final del baile de invierno, cuando el señor Darcy perdió la sensatez y se fue contra Wickham solo porque bailaba con su joven hermana, en la que no se le había visto afectado excepto por una ligera preocupación por el bienestar de su amigo; no obstante, Lizzy consideraba normal la inseguridad de Jane, que demasiado pronto se sintió atraída por el señor Bingley. Ahora bien, siendo el señor Darcy un ente tan allegado a la familia, le pareció importante estudiar sus sentimientos a través de su expresión.

—No he tenido la suerte, señorita.

Elizabeth odiaba admitirlo pero en su respuesta pareció sincero.

—Supongo que tendrá un itinerario muy ocupado.

—No creo que fuese ésa la razón. Simplemente no hemos coincidido.

—Es muy justo de su parte.

El grupo intercambió algunas opiniones más, como qué había acontecido en Highbury desde el baile de invierno, la curiosidad que sentía el señor Knightley por conocer Hertfordshire y tanto ella como Charlotte fueron presentadas con el coronel Fitzwilliam, el tercer hombre del grupo. Agotados los temas, el señor Knightley planteó lo siguiente:

—A ver, mi querida señorita Bennet, desde hace unos meses he querido que conozca a alguien. Ofreciéndole el brazo la llevó a conocer a su querida Emma Woodhouse.

Una joven muy resuelta

La señorita Emma Woodhouse estaba distraída en la conversación de Lady Catherine cuando notó que su amigo se acercaba llevando del brazo a esa joven de la que le había hablado tanto desde la pasada temporada en el baile público de Highbury.

—¡Knightley...! ¡Ven, mi querido Knightley! —Se interrumpió Lady Catherine al reconocer también que su invitado se acercaba a rendirle honores—. ¡Darcy, tú también!

—Lady Catherine...

El señor Knightley le brindó sus respetos y se permitió presentar a las jóvenes:

—Desde hace unos meses he querido que estas dos amigas se conozcan.

—Por supuesto, por supuesto, la señorita Elizabeth Bennet necesita de buenas conexiones —refirió su señoría.

Elizabeth respiró profundamente y trató de parecer impertérrita, ella no se dejaba influenciar por los comentarios ni la inflexibilidad de Lady Catherine, pero estaba fastidiada de tener que escucharlos cada vez que la gran señora sentía que debía hacerlos. Por su parte, Emma trató de componerse también, aunque en la temporada pasada, Jane Bennet le había parecido una excelente joven, ella no tenía interés alguno de conocer o intimar con su hermana, ni le hacía gracia que tuviera deslumbrado a su amigo. A Emma se le había asignado la fama de tener buen ojo para organizar a los corazones solitarios y arreglar bodas —jamás habría sido tan egoísta como para reservarse a la señorita Taylor como su eterna institutriz cuando podía intervenir en su felicidad conyugal—, sin embargo, era un poco como su padre, no le gustaban los cambios —a menos que fueran orquestados por ella—, y aunque sabía que en alguno de los giros del destino el señor Knightley habría de casarse, nunca imaginó que sería con una desconocida a la que ella no aprobaba ni sentía una pizca de admiración.

—Elizabeth, conoce a mi querida Emma. Emma, le presento a la señorita Elizabeth Bennet.

Elizabeth sonrió e hizo una reverencia hacia la joven. Del mismo modo fue correspondida.

—Nos saludamos más temprano —reconoció Lizzy al recordar cuando ambas señoritas cruzaron miradas a su llegada al salón. Emma sonrió aceptando el hecho.

—La señorita Elizabeth Bennet es huésped del matrimonio Collins —intervino Lady Catherine —, hemos tenido el honor de su compañía en algunas ocasiones, aunque a menudo le he insistido que venga a practicar el piano para que mejore sus destrezas. Darcy, ¿cómo van las lecciones de música de Georgiana.

—Ha avanzado mucho, tía.

—Georgiana va a ser una excelente pianista, tal como lo habría sido Anne de no ser por sus aficiones —Lizzy evitó mirar por más del tiempo requerido a la hija de Lady Catherine, sentada junto a Emma, que al escuchar el comentario de su madre, se miró los dedos, enlazados entre sí sobre su regazo. En este momento, Lizzy recordó nuevamente el destino de la joven con el hombre detenido a unos pasos de ella e intentó no reír al pensar que la señorita Caroline Bingley parecía deseosa de llamar la atención del señor Darcy en aquel baile de invierno—. Es lo que le digo a la señorita Bennet, que se prepare, todavía está a tiempo. ¿Creo tiene usted hermanas...?

—Cuatro más.

—¿Cantan y saben tocar el piano?

—Una de ellas mejor que las demás.

—¿Por qué no todas? Su padre ha debido emplear recursos para que aprendieran música y canto. ¿Saben dibujar?

—Ninguna.

—Pero, ¿cómo? ¿No tuvieron institutriz?

—No, señora.

Lady Catherine miró a Emma, cuestionándose todo.

—¡Eso es una locura! Educar cinco hijas sin institutriz. Una institutriz es importantísima para regular los horarios de estudio. Su madre habrá vivido mortificada en educarlas.

—La verdad es que no.

—¿No?

Acá, Lady Catherine volvió a juzgar la educación de las hermanas Bennet recurriendo a la mirada de Emma, quien, a su vez, miraba al señor Knightley pensando: *lo ve, no hay nada inteligente ni destacable en su querida amiga*. Gracias al cuestionario que estaba haciendo Lady Catherine a la joven, Emma pensaba que podía estar tranquila de que nada se alteraría, al menos por un tiempo, en lo referente a su amistad con el señor Knightley ni en su reducida sociedad.

—Emma ha tenido a una de las mejores institutrices del país.

—Casi una hermana para mí, pero no lamenté haberla perdido.

—Claro que no, se ha casado con un hombre excelente.

—Así es, y ella sigue siendo mi gran amiga.

—Por supuesto. Señorita Bennet —continuó Lady Catherine—, si hubiera conocido a su madre a tiempo no habría descansado hasta ver que contratara una institutriz para usted y sus hermanas.

—Mi madre se lo habría agradecido, pero en realidad no creo que hiciera falta; cuando quisimos estudiar tuvimos los medios para hacerlo, siempre hemos sido aficionadas a la lectura y tuvimos todos los profesores que necesitamos.

—Lamentable, muy lamentable. Dígame algo, ¿sus hermanas han sido presentadas en sociedad?

—Así es.

Emma miró nuevamente al señor Knightley, quien al captar la mirada, ignoró la insinuación y desvió la suya con atención hacia la joven cuestionada.

—¿Todas?

—Cada una.

—Pero eso no está bien, ¿qué edad tiene la menor de sus hermanas?

—Dieciséis, señora.

—Dieciséis..., ¿qué pasaría entonces si alguna de las menores fuera considerada en matrimonio antes que las mayores?

—Particularmente pienso que no es justo que se sacrifique la felicidad y la vida social de las hermanas menores por el simple hecho de que las mayores no puedan casarse. Las que han nacido después tienen tanto derecho a los placeres de la juventud como la que ha nacido primero^[1].

—Tiene usted mucha resolución para ser tan joven. ¿Qué edad tiene, señorita Bennet?

—Teniendo cuatro hermanas en edades casaderas, espero que comprenda mi reserva en revelar la mía.

—Solo quería confirmarlo, pero le calculo veinte años. ¿Qué opinas tú, Emma? ¿Acaso no entraste en sociedad luego de que Isabella se casó?

Emma miró fugazmente a su amigo, de cuyo brazo todavía colgaba la señorita Bennet. Notó que éste la observaba también, con cierto interés en su respuesta.

—Los códigos sociales han de ser respetados, Lady Catherine, pero tal vez no sea la mejor en

responder pues no tengo pensado casarme.

—¿Cómo no?

—En absoluto. Aunque me gustan las bodas, así como arreglarlas —nuevamente miró a su amigo—, creo que no estoy hecha para el matrimonio, prefiero disfrutar de mi libre albedrío eternamente.

—En tu caso, que eres rica, bella e inteligente, podría perdonar tal tontería, Emma, pero la señorita Bennet, que no tiene las mismas oportunidades que tú, tiene que prepararse, pues en la vida está condenada a casarse o a ser la institutriz de alguna buena familia. Cuando necesite una postulación, señorita Bennet, acá estaré dispuesta a extenderle una; este mes, gracias a mi recomendación, cuatro jóvenes se han colocado muy bien.

Desde que se acercó a la reunión, Darcy había pensado que su tía estaba exponiendo demasiado a la señorita Bennet con su escrutinio, pero hacer el último ofrecimiento era abusar de su posición. Estaba dispuesto a intervenir en favor de la joven, pero ella sabía hacerlo, como él mismo se había dado cuenta durante el tiempo que llevaba estudiándola.

—Todavía me creo capaz de atraer a alguien que por amor quiera hacerme su esposa, su señoría.

A Lady Catherine no le agradó el orgullo de la joven, hasta ese momento nadie nunca le había desafiado ni hablado de ese modo impropio, no obstante, cuando se preparaba para hacer su réplica, fue interrumpida.

—¿Qué dice? —Su atención había sido requerida por uno de sus mozos—. Bien —levantó la mirada antes de dirigirse a todos—. Ya podemos pasar a la cena.

Todo va a estar bien

—Con todo lo que he escuchado esta velada, espero que no siga promocionando, usted, la amistad entre su favorita y yo —le dijo Emma al señor Knightley cuando estuvieron sentados uno junto al otro en la mesa de Lady Catherine durante la cena.

No era usual que Emma se alejara de casa, pero a una invitación de Lady Catherine de Bourgh, una vieja amiga de su padre y de la familia, para pasar una temporada en Rosings, no se le ponían reparos ni objeciones; además el señor Woodhouse contaba con la confianza de que el señor Knightley acompañaría a su hija hasta que él necesitara ausentarse para atender negocios en Londres. Fue muy difícil para Emma tener que dejar a su amiga Harriet en Highbury justo cuando, debido al fracaso del proyecto Bingley, se había presentado un nuevo prospecto: el señor Elton. Lo había elegido como el indicado para conseguir que Harriet abandonara el interés por el señor Martin, quien, a su vez, los últimos días había sido demasiado inoportuno en hacerle un ofrecimiento de matrimonio a través de una carta, muy bien redactada pese a los prejuicios de la señorita Woodhouse sobre el granjero; no obstante, Emma era más astuta que él, había salido de Hartfield no sin antes dejarlo todo orquestado entre la próxima pareja. Hasta el momento, el señor Elton se expresaba muy bien de Harriet y la consideraba tan atractiva como para inducir a Emma a hacerle un retrato que, en lo que estuvo listo, fue el más animado en viajar a Londres para hacerlo enmarcar.

—¿Mi favorita? —Continuó el señor Knightley.

—La señorita Elizabeth Bennet.

—Es una joven admirable —dirigió la mirada hacia la muchacha, con cuyos ojos se encontró, Lizzy estaba sentada diagonal a él, junto al coronel Fitzwilliam, al señor Knightley le pareció verla ruborizar. A consciencia de que no era prudente sembrar ningún tipo de dudas en una muchacha con la que, aunque sentía admiración y le agradaba por su viveza e inteligencia, no pensaba obtener sino una buena amistad para Emma, el señor Knightley retiró la suya para continuar atendiendo a su joven amiga—, como también lo es la señorita Jane Fairfax —Emma volvió la mirada en otra dirección—, pero no pensaría que es mi favorita.

Antes de que la señorita Elizabeth Bennet se presentara en el baile de Highbury, Emma pensaba que el señor Knightley tenía sentimientos ocultos por Jane Fairfax, pero desde que conoció a la joven de Hertfordshire, y aunque él lo negase confirmando que por el momento no pensaba en la posibilidad de una señora Knightley, Emma intuía que estaba enamorado de ella. Sin embargo, a pesar de sus intuiciones, prefirió evitarse el comentario de una relación inconveniente para su amigo y escogió hablar de sus hermanos en común: Isabella y John, y de los niños, a quienes el señor Knightley vería la mañana siguiente cuando se marchara a Londres.

Del otro lado de la mesa, Lizzy tuvo el honor de ser ubicada junto al coronel Fitzwilliam, también sobrino de Lady Catherine, un hombre tan distinto a su primo, amable en el trato, que, aunque no era igual de carismático que el señor Knightley, le inspiraba confianza.

—¿Cuántos días piensa quedarse en Kent? —Le preguntó Elizabeth.

—Todo dependerá de Darcy, estoy a sus órdenes, él dispone de las cosas a su conveniencia.

—Creo que así es con todo, incluso con lo que no está directamente relacionado con él.

—Sabrá que así es. Es uno de esos hombres cuya opinión es muy respetada e influyente.

Pensando en que sobre este tema, Lizzy podía indagar más, no tardó en preguntar.

—¿A qué se refiere?

—Verá, he sabido que el pasado invierno, mi primo ha salvado a un buen amigo suyo de una unión inconveniente.

¡Bingo! Justo lo que Lizzy había pensado (suponiendo que este amigo fuese Bingley).

—¿Ah, sí?

—Había algunas objeciones en cuanto a la joven.

—¿Objeciones contra la joven?

Elizabeth cruzó una mirada furiosa con Darcy, quien, del otro lado, sentado junto a su tía y la señorita Anne de Bourgh, su futura esposa, también la miró, inconsciente de los pensamientos que cruzaban la mente de aquella joven.

Ya le había comunicado a Jane sus pensamientos sobre la distancia de Bingley y la hostilidad manifiesta en las cartas que había recibido de la señorita Caroline Bingley, que habían sido elaboradas para conseguir la decepción de su pobre hermana; no obstante, la confirmación de todas sus conjeturas seguían siendo dolorosas y perjudiciales. ¿Con qué derecho se creían todos de intervenir así en la felicidad de los demás?

—Sí, pero no conozco los detalles. Creo que usted lo conoció el pasado invierno, ¿no es así?

—Así es —Lizzy todavía miraba al señor Darcy con el resquemor propio de una hermana ofendida—, en un baile público de Highbury.

—Entonces tal vez haya conocido también a su amigo.

—Bingley —dijo ella.

Desde el otro lado de la mesa, Darcy pudo leer el nombre de su amigo en los labios de la dama, pero no consiguió comprender por qué le miraba de ese modo tan intenso, casi con odio.

—Justamente.

—Si me disculpa...

Aunque Lizzy sabía que era una descortesía y muy impropio de una señorita educada retirarse de la mesa cuando todavía no había culminado la cena, ella necesitaba unos minutos de soledad para restablecer sus sentimientos.

El coronel Fitzwilliam la miró levantarse, Lady Catherine le hizo un llamado de atención, Darcy calificó su imprudencia, Charlotte se preguntó qué pasaba, el señor Collins pensó que esto era lo más vergonzoso que una invitada suya le había hecho delante de su señoría, Emma miró a su amigo haciendo conjeturas, pero el señor Knightley fue el único genuinamente preocupado.

—Lo siento, necesito un poco de aire.

A sabiendas de que estaba siendo juzgada por todos en la cena, se deslizó hacia el salón y luego a la terraza donde finalmente pudo respirar.

—¡Señorita Bennet...! —Escuchó la voz del señor Knightley detrás de ella—, ¿está usted bien?

—¡Oh, señor Knightley! —lloró ella hasta acomodarse entre sus brazos.

El señor Knightley pareció sorprendido del arrebató de la joven, pero la recibió con un abrazo y trató de consolarla.

—Todo va a estar bien. Todo va a estar bien.

Declaración

A pesar de que Wickham había sido el primero en demostrar amistad e interés en Lizzy aquel baile de invierno, había sido el señor Knightley, con sus atenciones, el que la había conquistado. Ahora le tenía delante de ella, como su pareja, en el primer baile de la noche. No había sido su intención llamar la atención de alguno de los invitados cuando salió de esa forma intempestiva de la cena, sin embargo él fue el único que no se había escandalizado sino mostrado preocupado por su bienestar. De alguna forma, Lizzy se sentía nerviosa, pero también emocionada, de tener su ligera preferencia.

—Espero se sienta, usted, mejor —le dijo él mientras bailaban.

—Un poco sí.

—Me alegra. No me gusta verla sufrir, señorita Bennet.

Escuchar esas palabras le calentó el alma, cruzó unos segundos su mirada con la de él y se sintió sonrojada. Nunca alguien la había hecho sentir de ese modo, tan especial, a gusto, emocionada e inquieta, todo en un conjunto. Solo podía desear que él se sintiera de la misma manera, pero intuía que sería cuestión de tiempo.

Este primer baile se desarrolló unos minutos más, las parejas danzaban en sincronía y elegancia, era un espectáculo para Lady Catherine mirar aquellos jóvenes reunidos en su salón, especialmente le daba gusto seguir a la pareja que había abierto el baile a petición suya, su sobrino Darcy y su amiga Emma. Lady Catherine tenía puesta sus expectativas en una boda entre él y su hija, pero no estaba cegada de ver que su sobrino no se sentía inclinado por Anne; no obstante, si es que esa boda no podía arreglarse, se le ocurría que Emma, una muchacha rica, inteligente, culta, bien educada y de buena familia, era muy adecuada. Si su plan inicial no se daba, entonces organizaría esta unión conveniente.

El primer baile terminó, las parejas se desocuparon, Lizzy sonrió y agradeció la amabilidad del señor Knightley, pero antes de regresar a su lugar con Charlotte su paso fue interrumpido por la presencia de otro hombre.

—¿Me reserva, usted, el segundo baile, señorita Bennet?

Sus sentimientos en este momento eran encontrados, quería negarse rotundamente y decirle un montón de cosas horribles al señor Darcy, en defensa de su hermana, no obstante, y no sabía de qué parte de su mente había venido aquella respuesta, en un segundo se vio comprometida con él.

¡Qué había consentido!

—Creo que está enamorado de ti, Lizzy —le dijo Charlotte cuando estuvieron reunidas. Desde su lugar, la señora Collins había observado con cuánta premura el señor Darcy había dejado a la primera señorita para solicitar a la segunda; pero Lizzy no podía creer lo que con tanta convicción su amiga le comunicaba, le parecía algo imposible, además de que no estaba interesada en el afecto de un hombre al que prefería odiar. Por un instante su mirada se desplazó por el salón para buscar al señor Knightley, pero este había cambiado de grupo al de Emma y ya no reparaba en ella.

En aquel lado del salón, Emma le comentaba al señor Knightley:

—Veo que ha dejado más calmada a su amiga —Emma percibía que el instante en el que perdería para siempre a su amigo estaba cada vez más cerca. Odiaba admitirlo pero hasta prefería

verlo enamorado de Jane Fairfax, como lo creía antes, que inclinado por esa joven de educación dudosa que recién había conocido.

—Algo le pasa —él dirigió la mirada hacia la esquina en la que ahora Lizzy iniciaba el baile con el señor Darcy—, pero no ha querido confiármelo. Tal vez sea algo que solo una amiga pueda comprender, ¿por qué no se acerca, Emma? Quizá confíe en usted.

Emma también miraba a la pareja, sin embargo no eran los fantasmas de la joven lo que le interesaba conocer de ella sino sus sentimientos respecto al señor Knightley.

—Tal vez, pero prefiero esperar que nuestra *amistad* fluya, señor Knightley, gracias.

Por el momento, el señor Knightley dejó el tema descansar, sabía que Emma era una muchacha muy resuelta en sus convicciones, y aunque él era el único que veía fallas en ella, sabía que también era el único capaz de persuadirla. Pero todo tenía su tiempo.

Mientras tanto, en el cuadro de baile, Lizzy intentaba cercar al señor Darcy, obligándole a hablar, ella inició el tema haciendo una breve referencia sobre la pieza que compartían.

—Ahora le corresponde a usted decir algo, como el número de parejas o la amplitud de la sala.

Él sonrió y le aseguró que hablaría de lo que ella quisiese.

Lo que ella quisiese sería decirle una cantidad de impropiedades, ¿quién se creía para separar de esa manera tan cruel a dos personas que tenían tan buen potencial como pareja? ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué era lo que tenía en contra de su hermana? En tantos mensajes pensaba cuando le pareció escuchar de él algo relacionado con la palabra compromiso.

—¿Disculpe?

—Supe, a través de mi tía, que la temporada pasada el señor Collins formalizó una propuesta de matrimonio en su familia antes de casarse con la actual señora Collins, y, bueno, he supuesto que ha sido a usted.

—Supongo que ese tipo de noticias no son fáciles de ocultar.

Darcy lo sopesó ladeando la cabeza.

—También supongo que mi negación ha debido parecerle una insensatez a su tía, que una muchacha de mi condición económica no recibiera la mano del primer hombre que la ha solicitado.

—Entonces ha sido el único en solicitarla en matrimonio.

—Y espero que no sea el último.

A Lizzy le pareció ridículo que la imagen del señor Knightley se cruzara delante de sus ojos, como representación de un anhelo secreto.

—Ah, pero es que espera la proposición de alguien más...

El señor Knightley continuaba en sus pensamientos, pero no se atrevió a buscarlo con la mirada ni a manifestar sus ilusiones, desde el baile de invierno había notado que los dos hombres eran amigos, por lo que prefirió mantener sus sentimientos para sí.

—En el presente momento no espero nada. Pero en lo referente al señor Collins, creo que ha hecho una elección más inteligente en Charlotte.

El señor Darcy buscó con la mirada a la señora Collins, quien parecía resuelta en su lugar, junto a su tía y prima, y estuvo de acuerdo.

—Me tranquiliza que todo eso no hubiera afectado sus emociones.

—Las habría afectado si hubiera aceptado.

—Entonces hay una predisposición de su parte hacia el matrimonio.

—Solo en aquel que no sea basado en el amor.

Lizzy notó que el señor Darcy intentaba intimidarla con la mirada, no obstante, continuó.

—Espero que el hombre que me separe del seno familiar lo haga porque me ama de verdad y

no por sentirse comprometido en auxiliar a alguna de las jóvenes necesitadas de la propiedad que en algún momento va a heredar. También espero que ese hombre no se deje llevar por las opiniones de sus familiares y amigos.

A Darcy, que no sabía por dónde venía la última parte del comentario, le pareció una exigencia justa. Durante esta intimidad pensó en indagar un poco más los sentimientos de la muchacha, pero su tiempo de baile estaba caducando.

Al terminar la pieza, Lizzy se alejó del salón, nuevamente necesitaba espacio, aire fresco y de su soledad, se sentía una traidora luego de ese baile con el señor Darcy, ella misma no había comprendido qué fue lo que la hizo flaquear y aceptarlo, qué era lo que tenía ese hombre que conseguía intimidarla y persuadirla.

—Señorita Elizabeth... —la voz del señor Darcy detrás de sí le causó un nuevo sobresalto e interrumpió sus pensamientos—, en vano he luchado —continuó él cuando estuvo a pocos centímetros de ella y arbitrariamente le tomó la mano—. Mis sentimientos han dominado mi razón. Permítame que le diga que admiro su resolución y la viveza de su carácter y que la amo.

En segundos Lizzy sintió cómo los latidos de su corazón golpeaban agitados contra su pecho, pero estos no respondían a la emoción de escuchar tales sentimientos, sino a la violencia que tales palabras le producían.

—¿Disculpe...?

—Hace un momento me ha dicho que espera que el hombre que la despose lo haga por amor y eso, a pesar de mi dignidad, la inferioridad de su familia y mis esfuerzos por dominar estas emociones es lo que sucede. La amo y espero que en deferencia a este afecto acepte, usted, casarse conmigo.

¿Qué está diciendo?

Lizzy se sentía contrariada, no comprendía lo que estaba escuchando ni de dónde derivaban tales sentimientos en un hombre que generalmente la miraba con desprecio.

—En circunstancias como éstas, supongo que lo primero que debo hacer, señor Darcy, luego de su amable proposición, es ofrecerle mi agradecimiento.

Movido por dentro, muy emocionado, Darcy estaba seguro de que obtendría un sí sin vacilaciones de la señorita Bennet, no obstante lo que escuchó a continuación le dejó desconcertado.

—Pero no puedo sentirlo.

Sin pensar en los códigos sociales, simplemente, Lizzy recuperó su mano.

—¿Cómo dice?

El señor Darcy sentía que la sangre le hervía en las venas, había estado seguro del éxito de su propuesta y del modo de anunciarla.

—No puedo aceptar la proposición de matrimonio del hombre que separó a mi hermana de una posible relación con alguien que parecía deslumbrado y con excelentes intenciones hacia ella. ¿O se atreverá a negarlo?

—No, no me atrevo. He sabido interesarme más por la integridad de mi amigo que por la mía.

—Me sigue ofendiendo, pero espero que sepa que mi lealtad hacia mi hermana no es la única razón por la que le rechazo: desde el baile de invierno he tenido formada una opinión sobre usted, incluso desde antes de que perdiera la cordura y golpeará, como un salvaje, al señor Wickham. Creo que es un hombre impulsivo y calculador, que obra de acuerdo a su conveniencia, influyendo así en la felicidad e infelicidad de quienes le rodean, como en la del favorito de su padre —Lizzy hizo una pausa en la que observó que ambos se miraban con altivez—. Y de un hombre así, señor, no puedo aceptar una proposición de matrimonio.

—Entonces es esa la opinión que tiene de mí. Ese es el aprecio que le merezco^[2].

En su fuero interno, Lizzy odiaba sentir un nudo en la garganta y tantos deseos de llorar.

—Nunca me ha importado su aprecio, señor. Lamento hacerlo sufrir, pero espero que todas esas faltas que ha encontrado en mi familia y en mí le permitan olvidar sus sentimientos y este agrio momento. Que tenga buenas noches.

Y así, dejándolo confundido, fue a excusarse con su amiga, asignando a un terrible dolor de cabeza la prioridad inmediata de retirarse a Hunsford, acción con la que esperaba no volver a encontrarse con el señor Darcy nunca más.



Emma estaba atendiendo algunos temas con Lady Catherine cuando observó que la señorita Elizabeth Bennet regresaba al salón visiblemente contrariada.

¿Es que acaso esa chica podía evitar los problemas?

El señor Knightley, que atendía negocios con el coronel Fitzwilliam, también notó que su nueva amiga entraba alterada, preocupado buscó con la mirada a su querida Emma para que fuera en su auxilio. Fastidiada ya de este asunto, Emma se propuso complacer los deseos de su amigo, pero cuando cruzaba el salón y pasó por la entrada de la terraza encontró allí al señor Darcy, apoyado en uno de los pilares, con una expresión indescifrable.

—¿Está usted bien, señor Darcy?

—Emma... —Darcy pareció salir de su ensimismamiento.

—¿Pasa algo?

—No, no pasa nada que no pueda arreglarse ni olvidarse.

Emma le miró pensativa, tratando de descifrar lo que le sucedía a aquel enigmático hombre, pero prefirió no sacar tan tempranas conclusiones.

—¿Ha visto usted salir a la señorita Elizabeth Bennet?

—Desgraciadamente.

Emma se acomodó a su lado. Prefería no pensar que el señor Darcy tuviera que ver con las lágrimas de la joven.

—¿Desgraciadamente?

—Emma, preferiría...

—Querido amigo —Emma le atajó—, le conozco y a su familia desde hace muchos años, ¿quiere confiar en mí?

—He debido confiar más en mí mismo.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido que ver en lo que le ha sucedido a la señorita Bennet?

—A la señorita Bennet la he hecho pasar un mal rato, apenas unos minutos. Ella se repondrá y yo también.

—¿Un mal rato?

—Debí reservarme un poco más, es todo, Emma.

—¿Reservarse? ¿Reservarse en cuanto a qué?

—Nada importante.

De pronto a Emma le vinieron recuerdos de alguna conversación entre ella y Caroline Bingley, acerca de cómo al señor Darcy había comenzado a llamarle la atención la señorita Elizabeth Bennet en el baile de invierno, la forma en que la miraba y cómo se expresaba de la viveza en sus ojos y el color de sus mejillas.

—Mi querido señor Darcy no querrá decirme que... ¿Usted también?

—¿Yo también?

—¿Usted también ha caído en los artificios de esa mujer...?

—¿Yo, y quién más, Emma?

Por unos segundos al señor Darcy le ardió la sangre.

—Emma... —una voz detrás de ambos les interrumpió—, ¿conseguiste hablar con ella?, ¿sabes qué le pasa?

Emma bajó la mirada antes de volverla al señor Darcy, que ya miraba furioso al señor Knightley. Casi llorando repuso:

—Lo siento..., no.

Epílogo

Habían sucedido varios días sin que ninguna de las Dashwood consiguiera que Marianne recuperara su estado de ánimo natural, pero esta mañana había una posibilidad y su hermana tenía que intentarlo.

—Marianne, hemos recibido una carta.

Su hermana se incorporó de un salto del sofá que solía ocupar en el saloncillo donde siempre recibía a Willoughby.

—¿Es de él?

—Es de Anne, nuestra querida Anne, Marianne —le dijo Elinor, sonriendo.

—¡Oh, Anne! ¿Qué dice Anne?

—Nos invita a Bath por el verano.

Por un segundo, Elinor creyó ver una ligera chispa en la mirada de su hermana.

—Déjame leer.

Que Marianne se sintiera inclinada por leer lo que decía la carta era un buen indicio para Elinor.

—¡Oh, y además nos invita a un baile...! ¡A un baile de verano! —Comentó.

—Así es.

—¿Qué ha dicho mamá, Elinor?

—He dicho —la voz de la señora Dashwood se asomó desde la puerta del saloncillo—, ¿cuándo comienzan a empacar?

Gracias por leer



La historia continúa con *Baile de Verano*, próximamente en el blog [Ficción Femenina](#).



#fanfic
por mi cousin
Serie: Un Baile Austriaco

Invitación

Estimado lector/a:
la próxima temporada
estás cordialmente invitado/a al

*Baile de
verano*

relato de la historia:
Sólo para invitadas

Lugar: Beth

www.ficcionfemenina.blogspot.com

Bonus: Baile de invierno



Sinopsis

Tras su éxito al conseguir la boda entre su institutriz y el señor Weston, Emma Woodhouse se plantea una nueva unión, la de su amiga Harriet Smith y un viejo amigo de la familia, el señor Charles Bingley, para lo que ha organizado el primer baile público de la temporada en Highbury.

Baile de invierno es la primera parte de la serie "Relato a la Austen", un baile austeniano, un divertido *fanfic* de las novelas de Jane Austen, un homenaje a la autora desde el punto de vista de una de sus lectoras.

Baile de invierno

Conociendo a Emma Woodhouse

Como solía suceder en reuniones similares, John Knightley, el cuñado de Emma, se reclamaba su asistencia a un baile como éste, especialmente cuando había una nevada salvaje afuera, posiblemente todos llevaban ropa más ligera de la que requería el mal tiempo y sinceramente él prefería tener una cena tranquila en casa.

—Mi querida Emma —comenzó Harriet Smith, luego de que dejaran instalados en una mesa a Isabella, la hermana de Emma, y a su esposo—, el salón está precioso, los candelabros exquisitos y el cuarto de juegos perfectamente ubicado, como siempre un éxito propio de la señorita Woodhouse.

Las jóvenes iban tomadas del brazo, mientras paseaban por el salón del Corona, una hostería que había visto sus mejores tiempos en el pasado y que ahora Emma, con este baile, pretendía devolver al brillo de aquellos años, cuando los aficionados a la diversión del baile habían sido numerosos.

—No ha sido nada, mi querida Harriet —las muchachas sonreían y hacían deferencias a los conocidos que habían comenzado a presentarse al primer baile público de la temporada—, siempre es generoso realizar una labor como ésta, aunque no sea el crédito lo que busco, ya sabes.

Harriet Smith era una chica de diecisiete años por cuya belleza se había interesado Emma, que asistía al internado de la señora Goddard, cuya situación en el internado había sido elevada de colegiala a huésped, pero que tenía cierta característica desfavorable pues era la “hija natural de alguien”, sin embargo, luego del matrimonio de su institutriz, Emma la creyó perfecta para ser su nueva compañera.

—Pues todos deberían saber que este baile ha sido organizado por ti.

—No hará falta, mi queridísima, el crédito, te lo aseguro, se dará solo.

Las muchachas pasaron un poco más, ofreciendo encantos y sonrisas a cambio de felicitaciones, la sociedad de Highbury era siempre muy agradecida con los favores de los Woodhouse, la primera familia de la localidad.

—¡Mira, Emma, son los Weston! —Señaló la chica al reconocer a los amigos de su amiga. Emma sonrió, pero no pudo evitar cierta reserva al ver con ellos a la señorita Jane Fairfax, una joven huérfana, nieta de la señora Bates, amiga de la familia, por quien Emma sentía una marcada antipatía.

—Mi queridísima Emma —la señora Weston, su institutriz por dieciséis años, la recibió en un abrazo—, el lugar está precioso.

—Así es, así es —opinó su esposo—, eres inigualable para estas cosas como para otras —miró de reojo a su esposa, Emma fue la genio a la que se le atribuyó la historia romántica entre el señor Weston y su institutriz—. Tienes muy buen ojo, hija, muy buen ojo. Pero te tengo una primicia —se acercó un poco más a ella para confiarle algo que en realidad fue audible para todo

el grupo—: Esta noche te presentaré a Frank.

Frank Churchill era el hijo del señor Weston, que fue adoptado por el matrimonio conformado por el hermano de su primera esposa, luego de la muerte de ésta, y por quien los Weston tenían planes en los que Emma estaba incluida.

—Nos complacerá con su visita, al fin... —a Emma le pareció que Jane, con quien apenas había tenido una inclinación de cabeza como saludo, desvió la mirada como si no le importara algún punto de la conversación—. Ya sabe cuánto quiero conocerlo.

—Pues hoy será nuestro día, amiguita —le advirtió con un guiño.

Luego de unos minutos de conversación que giraron alrededor de la llegada directa de Frank Churchill a Highbury al baile, los Weston, acompañados de su confundida amiga, continuaron hacia el cuarto de juegos.

—¿Has de creer lo que he conseguido? —Le dijo a Harriet, que la miraba como a un ídolo, cuando retomaron el paseo—. Todos pensaban que la señorita Taylor se quedaría solterona, sin embargo ahora es una mujer felizmente casada, gracias a mí. Como dijo el señor Weston, tengo muy buen ojo para estas cosas.

—No lo dudo. Eres extraordinaria, Emma.

Acostumbrada a que le adularan, Emma miró a su nueva amiga con una idea que desde que recibió la carta de otra amiga, Caroline Bingley, anunciando su venida a Hartfield no había dejado de revolotear en su cabeza.

—Tengo planes para ti también.

—¿Para mí?!

—Así es. Ahora mismo estoy deseosa de que conozcas a los Bingley.

—¿Quiénes son?

—Una distinguida familia del norte de Inglaterra, Caroline es mi amiga desde hace algunos años, nos conocimos en Londres, alguna vez que visité a Isabella, allí nos presentamos en bailes y fuimos al teatro, su hermano Charles es la persona más agradable sobre la Tierra, tiene un carácter dócil, es amable como ninguno, muy complaciente y jamás le he visto enfadado, estoy segura de que te encantará, además de que, mi querida Harriet, con la ventaja de una renta de cinco mil libras al año, y con la desgracia de tu nacimiento, es exactamente el tipo de amistad que te conviene.

—¡Ah...! ¡Oh...! Mi querida señorita Emma, es muy amable de tu parte lo que quieres hacer por mí, pero... Mmmm...

—¿Qué sucede, Harriet?

La mirada de Harriet se trasladó hacia una esquina del salón, en la que un joven la miraba también. Éste era el problema con los bailes públicos, que se acercaba toda clase de gente, pero organizarlo era una retribución que Emma sentía que le debía a su sociedad.

—Verás, desde que tuve el honor de ser invitada con la familia Martin...

—¿La familia Martin?

—Pues... —la tímida chica, ya ruborizada, bajó la mirada—, creo que estoy enamorada del señor Robert Martin.

—¡Del señor Robert Martin!

La mirada de Harriet se trasladó nuevamente a esa esquina del salón en la que Emma bien podía reconocer al granjero solitario, que no estaba a la altura de la mejor amiga de la señorita Emma Woodhouse, y que en comparación con las amistades que estaba por presentarle, era una desventaja para todos.

—Mi querida Harriet, eres muy divertida, espera que conozcas al señor Charles Bingley, que

compara lo que es un caballero de un granjero y lo que es estar en la buena sociedad y te aseguro que no recordarás que una vez conociste al señor Martin.

Insegura de sus sentimientos, Harriet se ruborizó, pero optó, muy confundida, por sonreír y continuar así, del brazo de su amiga, en un baile que apenas estaba por comenzar.

Un baile afortunado en una gran noche

La señora Bennet escuchó el rumor de que un tal señor Bingley, con una importante renta anual, se presentaría en el baile.

—Jane, mi preciosa Jane —tomó los bucles de su hija mayor entre los dedos y trató de mejorarlos—, no hay una jovencita más hermosa que tú en toda Inglaterra. Hoy es tu gran noche.

Cuando la señora Bennet hablaba de la “gran noche”, Jane y todas sus hermanas sabían a qué se refería; con cinco hijas, todas casaderas, y sin la posibilidad de heredar la propiedad de la familia en Longbourn, debido a que no tenían descendiente directo por la línea masculina, conseguirle marido a cada una era su objetivo de vida; el ingenio de la señora Bennet era de tal oportunidad que se le consideraba capaz de enviar caminando, bajo un aguacero, a una importante cena, a su hija mayor, previendo que dicha situación significaba que podía quedarse de invitada en una gran casa con tal de conquistar a su adinerado dueño.

—Escúchame bien. Acabo de saber que esta noche se presentará en este baile un hombre que gana ¡cinco mil libras al año!

—¿Qué?! —Se cuestionaron Jane, su hermana menor Lizzy y Charlotte Lucas, su vecina, que había viajado con los Bennet, desde Hertfordshire, para pasar unos días en Kent, hacia donde originalmente se dirigía la familia antes de que se desviaran a Highbury; las chicas, en especial las menores, Lydia y Kitty, estaban desesperadas por asistir a un baile, no habían escuchado de alguno en las posadas en las que se habían hospedado en el trayecto del viaje, que también tenía propósitos de esparcimiento, y éste, anónimamente organizado por Emma Woodhouse, cuyos carteles de invitación los habían visto alrededor del camino, representaba una gran opción. En Kent residía el señor Collins, un primo distante del señor Bennet y su heredero oficial, con quien su esposa tenía secretas intenciones de casar a Jane para mantener Longbourn en la familia. Sin embargo, con la oportunidad que acababa de presentarse en el baile, transfería esos dichos planes a su segunda hija, Elizabeth.

—¿Viene solo, mamá? —Le preguntó Lizzy, tratando de ocultar una sonrisa, ella era la única de sus hijas capaz de adelantarse a los sentimientos de su madre.

—Aparentemente viene acompañado de su hermana.

—Oh..., es una lástima, esperaba que pudiera tener un hermano igual de afortunado —las chicas soltaron una breve carcajada, Lizzy siempre las hacía reír, a su madre, sin embargo, los sarcasmos de su hija generalmente le pasaban inadvertidos; no obstante era muy consciente de que, entre las cinco, ésta era la indomable.

—Si conseguimos que ese tal señor Bingley se fije en tu hermana, será un alivio para la familia. Iré a advertirle al señor Bennet que debe ofrecerle sus respetos apenas se presente en el baile y que debe entonces presentarlo con ustedes sin pérdida de tiempo.

Aunque sus deseos los había colocado todos sobre Jane, la señora Bennet se complacía con que cualquiera de sus hijas conquistara al desconocido.

Las hermanas Dashwood también estaban de paso por Highbury, viajaban a Londres con su vecina, la señora Jennings, que se había detenido en el pueblo por unos días para saludar a una vieja conocida suya, la señora Goddard. Había sido cuestión del azar que la tarde anterior las Dashwood y las Bennet hubieran coincidido en la tienda de Ford, que intercambiaran opiniones

similares sobre muselinas y que ello bastara para que no quisieran separarse e hicieran planes para encontrarse en el baile. En la opinión de Lizzy, Elinor y Marianne eran dos jóvenes encantadoras, sencillas y de modales poco afectados, con quienes, desde la tarde anterior, había establecido lazos, especialmente con la alegre y espontánea Marianne, sin embargo la prudente y reservada Elinor no le desagradó, el juicio era lo que la determinaba, y Lizzy consideraba que siempre hacía falta alguien con esas características en un grupo de amigas.

—Te he extrañado un montón —Marianne iba enganchada al brazo de Lizzy para pasear por el salón.

—Yo también —sonrió, la alegría de Marianne era algo que a Lizzy le parecía contagioso.

—¿Sabes qué? Tengo el presentimiento de que ésta será una gran noche.

—¿Lo crees?

—Sí, mira, hemos venido a coincidir todas acá, además Anne, amiga de la familia, también está aquí, en Highbury, ¿has de creerlo?

—Es muy afortunado.

—Lo es. Por eso, esta mañana me he permitido una pequeña excentricidad y me he comprado este par de guantes en la tienda de Ford.

Al decir esto, Marianne dejó el brazo de Lizzy para concentrarse en sacarse uno de los guantes y mostrárselo, en cuyo intento, ninguna de las dos miró un pequeño peldaño que separaba un ambiente de otro y Marianne cayó de bruces, diciendo un pequeño quejido al tocarse el tobillo.

—¿Está usted bien?

De pronto, Marianne se dio cuenta de que ya no estaba en el suelo, sino en los brazos de un joven atractivo, alto y de una belleza muy masculina, muy parecido a lo que la imaginación le describía sobre los héroes de sus relatos favoritos.

—Sí..., eso creo —replicó nerviosa.

—¿Cree poder ponerse de pie?

—Creo... —balbuceó.

—Tenga cuidado —le advirtió Lizzy, que en lugar de parecer preocupada estaba muy divertida de la situación.

—¿Es el tobillo?

—Sí.

—¿Le duele?

—Solo un poco.

—¿Estás bien, Marianne?

Al ver que algo pasaba en el punto donde estaban su hermana y Lizzy, Elinor se dirigió rápidamente para atender el problema.

—Evite apoyar el pie directamente —le escuchó decir al extraño que devolvía a su hermana al suelo—. Sea cuidadosa.

Marianne fue obediente, asintió a la pregunta de su hermana, y se masajeó un poco el pie, apenas una torcedura, nada de qué preocuparse. Luego les mostró a todos que estaba perfecta.

—¡Felicidades! No le ha pasado nada —le dijo el joven.

—Así parece.

—Mi nombre es Willoughby, y usted, lo he escuchado, es Marianne.

—Marianne Dashwood.

El joven hizo la respectiva inclinación para ofrecerle sus respetos.

—Ella es mi amiga, Elizabeth Bennet, y ésta —acercó a Elinor— es mi hermana.

—Es un honor conocerlas. Ahora bien, Marianne, me parece que la única forma de saber si su

pie está en condiciones es poniéndolo en movimiento, ¿qué dice si bailamos?

Marianne miró de reojo a su hermana, consciente de que no estaría de acuerdo en lo que estaba por acceder pero su amiga intervino.

—Definitivamente es la única forma de saber que estás bien.

Y con esto, Marianne supo que era libre de tener su primer baile afortunado en una gran noche.

Pero no pasó mucho tiempo sin que las demás jóvenes también fueran invitadas a bailar, en especial para las hermanas Bennet menores, nada había superado el baile que la presencia de un regimiento, que raramente pasaba por el pueblo, según los lugareños; Lydia y Kitty estaban felices de admiración hacia los casacas rojas, quienes, ensalzadas por estos, muy poco se alejaron de la pista, mientras que Mary solo encontró entretenimiento en el piano, las raras veces que la dejaron tocar. Si bien su hermana Marianne también se había ido a bailar con un recién conocido, a Elinor le pareció imprudente la conducta de las dos chicas Bennet menores y en silencio rezó por su propia hermana menor, Margaret, que se había quedado en casa con su madre, para que cuando tuviera edad suficiente para ir a bailes, no incurriera en tan vergonzoso error de pasar la noche bailando con tantas parejas; no obstante, prefirió reservarse su parecer a las hermanas Bennet mayores, las dos chicas le parecían inteligentes y muy juiciosas, pero en este momento también habían ido a formar parte del cuadro de baile, mientras ella había preferido acercarse a Anne, su amiga por muchos años, con la que no esperó encontrarse en un baile tan lejos de casa.

Sugerencias

—Ha conseguido una buena reunión, Emma —le dijo el señor Knightley luego de dos horas de iniciado el baile más importante de la temporada.

—Me gusta que lo reconozca, señor Knightley, gracias.

—Bien organizado, además de que he observado que ha reunido un grupo muy interesante de amigos.

—Sí, aunque todavía no se presentan los Bingley.

—Ah, pero si es a los Bingley a quienes espera con tanta ansiedad, no se preocupe que he visto a su cochero afuera.

—¿Han llegado?

—Supongo que no tardarán en hacer acto de presencia frente a usted.

—Excelente.

—La veo muy entusiasmada. Habría pensado que se reservaba la emoción para el orgullo de Highbury.

—Si se refiere a Frank, su padre me ha asegurado que esta noche le tendremos aquí.

—La verdad, Emma, su presencia en este baile, o en cualquier otro, me tiene sin cuidado. Pero si no es por Frank por quien la he visto inquieta sino los Bingley, supongo que será porque desea reencontrarse con la señorita Caroline.

—Caroline es una parte de mis intereses, pero en realidad tengo planes con esa familia.

—¿Qué se le ha ocurrido a la señorita Woodhouse esta vez?

—Si se lo digo me cuestionará hasta el final de mis días, así que prefiero reservarme la idea.

—Emma, ¿qué está tramando?

Ella sonrió y le admiró, el señor Knightley era un hombre de buen criterio, el único que cuestionaba cada uno de sus procedimientos, tenía algunos treinta y siete o treinta y ocho años, y aunque les separaba una diferencia de edad importante, con él Emma se sentía en total confianza.

—A menos que esté pensando en hacer una boda para sí misma con Charles Bingley, considere importante la gloria que ha conseguido con la unión de la señorita Taylor y el señor Weston y que, estando en la cúspide de los eventos, debería pensar en retirarse.

La sonrisa de Emma se volvió más espléndida.

—Para su tranquilidad no es para mí que estoy apartando al señor Charles Bingley, creo que le he advertido antes que no planeo casarme y que dedicaré mis días al cuidado de mi padre.

—Sí, me lo ha advertido, como dice, sin embargo cuando organiza un baile como éste, Emma, no sé si lo hace buscando reconocimiento o es esa cosquilla que sienten todas las jovencitas de su edad por encontrar marido. Pero, en resumen, si no es para usted, ¿con quién se le ha ocurrido relacionar a Charles?

Aunque trató de disimular, la mirada de Emma se posó sobre su nueva amiga, Harriet Smith.

—¡Pero por favor, Emma...!

Siendo bella, inteligente, rica, sin nada que la afligiera o la enojase, el señor Knightley pensaba que Emma estaba siendo muy obstinada y bastante estúpida al insistir en esa amistad con la chiquilla Harriet Smith, que no estaba a la altura de su distinguida familia, pero que pretendiera atarla a uno de sus amigos, con el que además no tenía nada en común, le parecía algo fuera de

control.

—Permita que las personas sean libres de escoger a su interés romántico.

—Me ofende usted.

—¡En absoluto! Pero piense que debería estar rodeada de jóvenes que compartan su nivel de educación y cultura. Ahora mismo, a través de mi amiga Anne Elliot, he conocido a cuatro de ellas.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes son esas personas tan dignas de mí?

—Las señoritas Bennet y las Dashwood, la misma Anne o Jane Fairfax.

Al notar el cambio en el semblante de su amiga, el señor Knightley no pudo más que lamentar esa obvia antipatía que Emma sentía hacia Jane Fairfax, una de las jóvenes más queridas de Highbury.

—La señorita Elizabeth Bennet es quien ahora baila con el señor George Wickham, una joven muy interesante, de una mente muy despierta, compatible con la suya, Emma; apuesto que entre las dos tendrían muchas opiniones acerca de los bailes, las muselinas y los variados aspectos de la sociedad inglesa.

—¿Es esa la opinión que tiene de mí, bailes y muselinas? —Emma no le permitió responder—. Gracias por el interés en seleccionarme las amistades, señor Knightley, pero creo que puedo escogerlas bastante bien yo misma; en Harriet tengo todo lo que necesito. Ahora bien, a su amiga Anne, sí me gustaría saludar.

Con esta última inclinación de Emma, medianamente satisfecho por su intervención, el señor Knightley presentó su brazo para que su amiga lo tomara y con él se paseara por el salón para encontrar a Anne.

Una verdad universalmente reconocida

Es una verdad universalmente reconocida que en un baile público, en el que hay un centenar de jovencitas solteras, siempre será un inconveniente que sean tan pocos los caballeros dignos de desposarlas.

Cuando el grupo que conformaban los hermanos Charles y Caroline Bingley y Georgiana y Fitzwilliam Darcy se presentó en el baile organizado por Emma Woodhouse, la atención de los asistentes se detuvo en tan exclusivos invitados: a la señora Bennet se le iluminó el rostro, como si algo glorioso acabara de suceder; la señora Jennings desplegó la noticia entre los invitados, que personas muy ricas del reino habían hecho acto de presencia; y Lady Russell, amiga de Anne Elliot, pensó que finalmente, además de Emma, se habían presentado personas respetables en el baile.

Lizzy no tardó en darse cuenta de que el anticipado Bingley, del que les había hablado su madre, estaba presente en el baile, aunque en este momento no podía saber cuál de los dos señores era; pero también notó que en el grupo recién llegado la mirada de uno de los hombres, el más distinguido de los dos, de apariencia orgullosa, se había detenido en su pareja, que ambos se miraron con frialdad, y que la más joven del grupo también se ruborizó al mirar a Wickham. Por la tranquilidad de su hermana, pues sabía que su madre no descansaría hasta presentarlos, Lizzy deseó que no se tratara del señor Bingley.

A pesar de la reserva de la señora Bennet por las nuevas amigas de sus hijas mayores, todas solteras y en la competencia por obtener la atención del distinguido señor Bingley, apenas la miró, el gran invitado solo tuvo ojos para la muchacha más hermosa del baile. Complacida, la señora Bennet se felicitaba por la notoria preferencia, el señor Bingley y su querida Jane llevaban dos set de baile continuos y estaba segurísima de que al final de la noche Jane recibiría una importante atención de él, como una invitación a Netherfield Park, tan cerca de Longbourn, una propiedad que se rumoraba que este señor pensaba rentar en los próximos meses, con lo que, en poco tiempo, suponía la señora Bennet, habría boda en su familia, un tema que, además, no tardó en comentarlo con la señora Jennings, con quien la matriarca de las Bennet congenió en un instante, y a la que le encantaba el cotilleo romántico. Si tan solo su segunda hija, Elizabeth, corriera con la misma suerte, y el tal señor Darcy, del que pronto se supo que ganaba diez mil libras al año, se fijara en ella, se olvidaría de casarla con el señor Collins, con tal de evitar que las sacaran de su propiedad cuando su marido sucumbiera.

—Descuida querida —le dijo el señor Bennet—, que con un poco de suerte, tal vez sea yo quien te sobreviva —era una posibilidad con la que solía divertirse cuando su mujer se ponía paranoica en relación a la injusticia de que Longbourn pasara a manos de un familiar lejano cuando el señor Bennet dejara el mundo de los vivos.

Pero a pesar de su renta, el carácter del señor Darcy quedó expuesto como el de un hombre distante, reservado y orgulloso, que solo bailó una vez con la señorita Caroline Bingley y otra con Emma, que no aceptó ser presentado con nadie más del pueblo y que de lejos se observaba su creencia de ser superior a todos en el salón. Para su propia tranquilidad se encontró con sus amigos George y John Knightley, en cuya compañía se mantuvo el tiempo que sus compañeros de viaje consideraron suficiente para partir del baile.

Así, preocupado por la distancia, su amigo Bingley se acercó para hacerle una oferta:

—¿Por qué no invitas a bailar a alguien, Darcy?

—Sabes que no bailo con desconocidas, además de que... —dejando la frase incompleta, le dio una mirada a su joven hermana, que, ruborizada, ocupaba un asiento junto a él.

—Pero sí que eres quisquilloso, Darcy, permite que la pobre chica se divierta.

—No en esta oportunidad.

A Bingley le pareció exagerada la protección de su amigo sobre su hermana, pero continuó con lo que había ido a decir.

—Palabra de honor que no había visto muchachas más bonitas en un baile.

—Tú has bailado con la única chica guapa del salón. Estás perdiendo tu tiempo conmigo, vuelve con ella o alguien más la solicitará.

—Es la criatura más bella que he conocido, pero tal vez consideres bailar con su hermana, que también es muy bonita.

Darcy desvió la mirada hacia el lugar que ocupaba la señorita Elizabeth Bennet, donde, en la compañía de su amiga Charlotte Lucas, ella estaba muy atenta a la conversación entre los caballeros. Sus miradas se cruzaron, él sintió un raro pinchazo en el corazón que le obligó a retirar la suya inmediatamente, pero luego hizo el comentario más hiriente que una chica pudiera tolerar.

—Gracias, pero no es lo suficientemente guapa para tentarme.

—Vamos, Darcy, no digas eso —intervino George Knightley.

—Lo siento, pero no estoy de humor para hacer caso a las jóvenes que otros han dejado de lado.

Desde su asiento, Lizzy suprimió una carcajada.

—Pero, por favor... —replicó el señor Knightley, quien levantándose de su asiento se dirigió al lugar que ocupaba la señorita Elizabeth Bennet, extendiendo el brazo delante de ella en atención a un baile garantizado.

Sorprendida, Lizzy recibió la mano del apuesto caballero que antes había sido presentado a las hermanas mayores Bennet y a las Dashwood a través de Anne Elliot, la amiga de Elinor, se levantó y cruzó por un segundo la mirada con el señor Darcy, quien sintiendo nuevamente el pinchazo del lado izquierdo de su pecho la siguió con la mirada hasta que ocupó un lugar en el recuadro de baile con el señor Knightley.

Ni por todas las libras de Inglaterra a la señora Bennet le gustaría tener a un hombre como ese Darcy en su familia.

Sentimientos revelados y encontrados

Como en todo baile, siempre hay un grupo que destaca entre la totalidad, en éste era el de las Bennet y las Dashwood, que no tardó en ampliarse, además de Anne, pronto se unieron la señorita Jane Fairfax y dos jovencitas que fueron presentadas por Lydia y Kitty, como Catherine Morland y Fanny Price. Pero agotadas de bailar y a sabiendas de que a la mañana siguiente, como reclamaba una noche como ésta, no tendrían la oportunidad de reunirse para hablar del baile, pues cada una tenía su propio destino fuera de Highbury, se tomaron un momento para descansar y exponer sus reflexiones al respecto.

—Creo que le gustas... —Marianne le comentó a Lizzy, refiriéndose a Wickham—, pienso que es encantador y se les ve muy bien juntos.

Lizzy lo buscó con la mirada, en ese momento el caballero bailaba con su hermanita Lydia, y sonrió sintiéndose un poco ruborizada, es cierto que habían bailado juntos más de una vez y durante el baile habían tenido chance de familiarizar un poco, especialmente Lizzy conoció detalles de su niñez y de lo injusto que fue con él la familia Darcy, con la que se crió, luego del fallecimiento de su padre. Sin embargo, a pesar de que era atractivo y educado, no la tenía deslumbrada.

Al pasear la mirada por el salón para devolverla a su interlocutora, Lizzy se encontró con otros dos, la del señor Knightley, que al sonreírle le puso cosquillas en el estómago, y con la de su acompañante, precisamente la de ese señor Darcy, que a diferencia de la de su amigo era fría y por quien ella se sentía decididamente opuesta. No obstante, desde que se había incorporado al baile y luego de que declarara que ella no era lo suficientemente guapa como para tentarlo a bailar, había notado que constantemente la observaba y la escuchaba, como si la estuviese estudiando. Lizzy solo podía sentir compasión por la aburrida y triste jovencita a su lado, que en cuanto el grupo se presentó en el baile, se supo que era la señorita Darcy, parecía, sin embargo, de tan buen carácter que le habría gustado incluirla en su club de nuevas amigas.

—No me molesta —se encogió de hombros—, pero no creo que sienta alguna preferencia por mí. Además sería muy pronto para saberlo.

—Ni tanto..., quiero decir, si a un chico le gustas no tardará en demostrártelo.

—Claro, claro, lo dices por tu admirador.

Marianne se ruborizó, delante de todos era obvio que ella y Willoughby se gustaban, habían formado pareja la mitad del tiempo y cuando se veían obligados a separarse se ocupaban de permanecer en el mismo recuadro uno junto al otro; cuando él estaba presente, ella no tenía ojos para nadie más y todo lo que decía era inteligente.

—Me refiero a tu hermana y al señor Bingley.

Las miradas de todas las chicas se desviaron al espacio que ocupaba la pareja, que desde hacía un buen rato estaban compartiendo un *tête-à-tête*, que justo en este momento fue interrumpido por esa joven que usualmente se dejaba ver acompañada por la hermana del señor Bingley, que ahora estaba con una muchacha bajita y rubia, que más temprano había sido presentada con ellas como Harriet Smith. Las muchachas se quedaron a la expectativa de lo que esa cercanía significaba, hasta que comprendieron lo que buscaba la distinguida joven: un baile entre el señor Bingley y su pequeña amiga.

El señor Bingley, que era un caballero, todo sonrisas, se incorporó para tomar la mano de la jovencita, y en lo que parecía una disculpa con Jane, avanzó hacia el cuadro de baile, dejando a la mayor de las Bennet descolocada.

—Voy por ella —dijo Lizzy, pero apenas estaba incorporándose, notó que la señorita inoportuna le decía algo a su hermana, y que acto seguido ésta le sonreía enganchándose al brazo de la joven antes de recorrer el salón.

—Parece que tu hermana ha hecho una nueva amistad, Lizzy —comentó Charlotte.

—Eso parece... —un poco más tranquila tomó asiento nuevamente.

—Si no le demuestra pronto al señor Bingley lo que siente por él, dudo que su amistad se extienda a algo más que una simple preferencia en un baile público.

—Si él no sabe interpretar los sentimientos de mi hermana es porque no la merece.

Internamente, Elinor, que seguía la conversación, bajó la mirada. La advertencia de Charlotte en conjunto con la de Lizzy, la hicieron recordar su propia amistad con Edward Ferrars, el hermano de su cuñada, a quien había conocido los últimos días que estuvo en Norland Park, luego del fallecimiento de su padre, y a quien su natural reserva le impedía demostrar lo que sentía por él. Anne, por su parte, también sintió un poco de nostalgia por su propia historia.

—Es cierto —se atrevió a decir—, sino tiene un poco de confianza en lo que siente y no lucha por ello, se le pasarán los años antes de que pueda darse cuenta de que es demasiado tarde para el verdadero amor.

Al escucharla hacer esta intervención, las chicas se interesaron por conocer la historia de su pasado. Fue entonces cómo Anne les habló de Frederick, quien fuera su novio ocho años atrás, con el que rompió para que él pudiera establecerse profesionalmente y del que permaneció enamorada desde entonces, aunque sus caminos no volvieran a cruzarse.

Fanny, también en silencio, se miró los dedos cruzados sobre el regazo, pensando en su propia situación con Edmund, su primo del que secretamente se había enamorado desde que era una niña, casi desde el momento en el que, recién llegada a Mansfield Park, donde fue enviada para aliviar la carga familiar, se sentó a su lado en la escalera del ático para tranquilizar su llanto que no respondía a otro sentimiento sino al de la añoranza del hogar en el que había nacido.

Jane Fairfax trató de parecer impasible, no había sentimientos que exteriorizar en ella; Charlotte pensó que a sus veintiocho años, a menos que se presentara una oportunidad desesperada, tenía que conformarse con quedarse solterona; mientras Catherine suspiró ilusionada con la idea de que algún día pudiera ser la preferida de alguien, siquiera durante una noche en un baile público.

Los consejos no dejaron de hacerse llegar y el tema de los sentimientos revelados y encontrados fue discutido a profundidad.

Del otro lado del salón, aunque acompañada por la señorita más reconocida de Highbury y la hermana del señor Bingley, Jane, miraba el grupo en el que estaba su hermana con nostalgia, deseando volver allí, pero no pasó mucho tiempo para que el señor Bingley regresara por ella para llevarla nuevamente al cuadro de baile.

Por supuesto, en un grupo de chicas tan reconocidas en un baile no iba a pasar mucho tiempo sin que algún caballero se acercara para invitarlas a bailar, y pronto eso fue lo que sucedió. Wickham invitó a un nuevo baile a Lizzy, Willoughby había dejado descansar suficiente tiempo a Marianne y el señor Knightley hizo lo propio por su amiga Anne, que se sorprendió hasta el estupor, cuando en mitad de la danza miró entre los presentes justo aquel hombre que desde hacía ocho años no había dejado de ocupar sus recuerdos.

Algo de orgullo y un poco de prejuicio

El capitán Wentworth no tardó en hacerse el favorito de todos. Desde la distancia, Anne pudo observar al hombre que siempre había admirado convertido en alguien importante, sin reservas, muy apuesto y distinguido, apenas cruzaron una breve mirada y una inclinación de cabeza como saludo, ¿era eso todo lo que se merecía después de haberle amado tanto?

Pero había pasado lo peor, se habían encontrado después de ocho largos y tormentosos años, y aunque había sido más desolador de lo que había imaginado, necesitaba superarlo a solas cuanto antes. Se excusó con sus amigas, alegando un repentino dolor de cabeza.

—¿Puedo ayudarte, Anne? —Indagó Elinor, quien temió que el violento cambio en el comportamiento de su amiga estuviera asociado a algo más que un ligero dolor de cabeza.

—Es él, Elinor —le confesó ella.

—¿Él?

—Frederick.

Frederick había sido el nombre que Anne había empleado para referirse a su amor de la juventud, pero en el baile se habían presentado dos nuevos caballeros que fueron introducidos por el señor Knightley al grupo de muchachas, como el capitán Wentworth y el coronel Brandon.

—¡Oh...!

—Es él, el hombre que recién ha llegado al baile, el capitán Wentworth.

Él y su amigo, el segundo caballero, el coronel Brandon, se habían encontrado en el camino a Londres cuando por múltiples consideraciones necesitaron desviarse a Highbury.

—Comprendo —le dijo Elinor, robándole una mirada al hombre, que parecía risueño a las atenciones de jóvenes como las menores hermanas Bennet u otras que Elinor desconocía, pero la observación más importante es que actuaba indiferente a la presencia de su amiga.

—No puedo seguir aquí, es demasiado triste para mí.

—Anne... —Elinor trató de detenerla, pero su amiga se dirigió directamente hacia Lady Russell, en cuya compañía se había presentado al baile, quien no tardó en cumplir su deseo de retirarse.

—¿Le pasó algo a su amiga? —Indagó con ella el coronel Brandon, un hombre distinguido, de un trato que reflejaba el más alto nivel de educación y dominio de sí mismo.

—Solo está un poco indispuesta.

Pero la contagiosa risa de Marianne, que estaba acompañada por Willoughby al otro lado del salón, llamó la atención de ambos. Elinor se preguntaba cuánta indiscreción había en el comportamiento de su hermana, mientras el coronel Brandon recordó en la joven a aquella mujer que había amado hace tantos años; desde entonces no había conocido otra criatura tan hermosa y llena de vitalidad. Ambos se sorprendieron, no obstante, cuando Marianne se dejó cortar un mechón de pelo que fue reservado por su amigo.

—Es mi hermana, por favor discúlpela —intervino Elinor, la imprudencia de Marianne le parecía vergonzosa.

—Hay algo tan dulce en la falta de prejuicios de una mente joven, que no siento que haya un motivo que disculpar.

Sin embargo todo baile tiene su final y ésta había sido una noche de infinitas emociones que no

podía extenderse para siempre.

Para comenzar, Emma lamentó que Frank Churchill no se presentara en Highbury para el baile como se lo había prometido al señor Weston; que Robert Martin le robara dos o tres bailes a Harriet Smith; y que la tal Jane Bennet, que a pesar de sus privadas intenciones, le pareció una chica encantadora, fuera la favorita de Charles Bingley. También lamentó que el señor Knightley, que en raras ocasiones bailaba, le hubiera dado una especial atención a esa chica Elizabeth Bennet mientras que a ella, su amiga desde que era una niña y él un joven caballero, no la hubiera solicitado una vez.

Del otro lado del salón, Lizzy consideró que había bailado suficiente por esta noche, que estaba cansada y que era necesario un momento de soledad. A pesar de la helada afuera, la terraza era el único lugar que consideraba para escuchar sus reflexiones de un resumen de la noche: un chico la había cortejado, otro la había despreciado —esto la hizo reír— y uno más había sido su salvador, este último, el señor Knightley, ocupaba sus pensamientos cuando alguien le habló:

—Tendrá, usted, frío —reconoció la voz del señor Darcy aproximarse, lo cual confirmó cuando al volverse le encontró despojándose del levita para colocarlo sobre sus hombros.

—No se moleste, solo voy a estar unos minutos acá afuera. Necesitaba del aire fresco.

—Usted también.

Lizzy le miró de soslayo, le parecía diferente ver al perfecto señor Darcy tan informal, despojado de una parte esencial de su indumentaria para conseguir esa apariencia sobria, y aunque este detalle le hacía ver jovial y desprendido, lejano al hombre vanidoso y orgulloso, que estaba segura que era, recordó que en realidad era un hombre injusto y que a ella le desagradaban las injusticias; con ella misma había cometido una, desdiciéndola por su apariencia, suponía que al no tener vestidos exclusivos ni a la última moda, como las señoritas Caroline Bingley o Emma Woodhouse, no estaba a su altura. ¡Ah!, no, perdonen, es que no era lo suficiente guapa para tentarlo. Evitó reír en este momento. Le había herido el orgullo, pero ello podía soportarlo; lo que había hecho con su nuevo amigo Wickham, sin embargo, le era imperdonable, negarle lo que por derecho le correspondía, impedir los deseos de su propio padre, era una crueldad.

—Por favor, manténgase abrigada mientras esté acá afuera... —le indicó cuando Lizzy trató de remover el levita de sus hombros.

—Gracias —ella prefirió no contradecirlo en esto—, pero estaba usted acá antes que yo y no querrá compartir su espacio ni la soledad.

—¿Era eso lo que usted buscaba en un baile, señorita, estar sola?

—Siempre disfruto de la soledad aunque esté rodeada de un grupo numeroso de personas.

—¿Cómo la ha pasado?

—Bastante bien, considerando que se trata de un baile lejos de casa, donde conocía a muy pocos.

—¿De dónde es?

—De Hertfordshire, señor.

Lizzy lo miró con frialdad esperando que abandonase el escrutinio, pero él hizo una inclinación de cabeza en aquiescencia y continuó:

—Tiene el don de hacer amigos con facilidad.

—Hacer amigos no tiene nada de particular, incluso se puede comenzar con una simple invitación a un baile.

Tenía que sacárselo del sistema, no podía disimular la antipatía que sentía por él. Sin meditarlo un segundo más, removió la levita para devolvérsela.

—Disculpe, necesito volver adentro para reunir a mi familia. A la luz del día debemos retomar

nuestro viaje.

—¿Hacia dónde se dirigen? —La chica seguía con el brazo extendido, pero Darcy se resistía a recuperar su indumentaria.

—Vamos a Kent para visitar a un familiar.

Al conocer este detalle le recibió el frac con una sonrisa casi perversa.

—Yo también debería pasar. He descuidado por mucho tiempo a mi hermana —ella asintió, le dio las gracias y trató de adelantarse al salón, pero él prefirió acompañarla y caminar a su lado, hombro con hombro, como su igual. En su interior, Darcy se felicitaba por arreglar el mal paso con la única chica que en años había conseguido una emoción en él. No es que fuera un engreído, pero reconocía que había sido prejuicioso con ella cuando, más temprano, Charles le sugirió que la invitase a bailar, pero ahora tenía algo con lo que podía trabajar, sabía que iba a Kent, y aunque no le agradaba la idea de que el conocimiento de esto le inquietara, tal vez le hiciera falta un poco de diversión. Diversión que fue opacada por una imagen que a él le puso un nudo en el estómago.

Cuando estuvieron delante del salón y abrió la puerta para ella, Lizzy notó que el aspecto de él había cambiado, que se había vuelto colérico e irracional, la apartó sin mucha ceremonia y se dirigió al centro del baile, donde, después de todo, alcanzó a ver que Wickham bailaba con la señorita Darcy.

Darcy trató de dominarse pero estaba enloquecido, si hubiera previsto que tan lejos de casa se encontrarían con él, no habría traído a Georgiana al paseo.

—¡Señor Darcy! —Reconociendo las intenciones del hombre, Lizzy trató de impedirlos.

Pero a Darcy no le conmovieron sus ruegos, se detuvo delante de la pareja para apartar a su hermana de quien fuera el protegido de su padre y, sin pensarlo, le propinó un puño que terminó con Wickham desmayado y sangrando en el suelo.

El baile se detuvo y la atención de los asistentes que quedaban en el salón se centró en la acción. Lizzy corrió al lugar de la escena y apartó a la chica.

—¡Yo no quería...! —Ella lloró.

—Está bien, está bien... —Lizzy trató de consolarla, mientras, confundida, miraba a Darcy tratando de descifrar por qué parecía tan atormentado—. Todo va a estar bien.

Los amigos de Darcy no tardaron en presentarse a su lado, Emma estaba avergonzadísima de que algo así hubiera sucedido justo cuando su amigo le había solicitado que cuidara de su hermana.

—¿Está usted bien, Emma? —Le preguntó el señor Knightley antes de acercarse a su amigo—. Luce muy pálida.

—No se preocupe por mí, por favor, corra a ver cómo está nuestro amigo.

Y como es normal en un suceso como éste, en un baile tan concurrido, la víctima estaba rodeada de un grupo considerable de curiosos que señalaban al victimario, como era lo justo, sin embargo, unos segundos luego, milagrosamente el desfallecido reaccionó y su contrincante, demostrando de lo que estaba hecho, le extendió la mano ensangrentada para ayudarlo a incorporarse.

Ya sin nada más que indagar sobre el tema, no hubo más golpes ni propuestas de duelo, con un baile sin más sorpresas, se determinó, un par de minutos más tarde, que había concluido.

Epílogo

Algunas semanas después

Lizzy estaba descansando en su habitación cuando Charlotte tocó la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, Charlotte —le dijo, incorporándose en la cama. Hacía cosa de treinta minutos que había regresado de un recorrido por los alrededores de la casa.

—Hemos recibido una invitación —Lizzy observó que la expresión de su amiga era de felicidad—. Y tú también.

Charlotte extendió un elegante sobre dirigido a la señorita Elizabeth Bennet.

Al leer el contenido, Lizzy miró a su amiga sin poder disimular la sorpresa.

—Como lo has leído, hemos sido invitados a un baile de primavera en Rosings.

Más de la autora

Novelas románticas

[Dame una cita, Lucía](#)

[Dame otra cita, Lucía](#)

[Dame una y otra cita, Lucía: Libros 1 y 2](#)

Romances cortos

[Andre y Kira, la historia de un beso](#)

[Un amor Encantado](#)

[Quinceañera](#)

[Secret Santa](#)

Relacionados con Jane Austen

[Baile de invierno](#)

[Persuasión: Anotación de la novela de Jane Austen](#)

[1] Cita de la novela Orgullo y Prejuicio.

[2] Cita de la novela Orgullo y Prejuicio.